

Antonio Tabucchi

Pequeños equívocos
sin importancia



ANAGRAMA
Colección Compactos

La pequeña estación estaba casi desierta. Era la pequeña estación de una localidad costera, con palmeras y pitas junto a los bancos de madera. En su inicio, más allá de la verja de hierro forjado, había una calle que llevaba al pueblo; al fondo, una escalinata de piedra bajaba hasta la playa.

El jefe de estación asomó de la cabina de cristal con tablero de mandos y caminó bajo la marquesina hasta las vías. Era un hombrecillo gordo con bigotes. Encendió un cigarrillo y miró con incertidumbre el cielo lleno de nubes. Sacó una mano fuera de la marquesina para ver si comenzaba a llover, luego dio media vuelta y metió las manos en los bolsillos con aire absorto. Los dos obreros que aguardaban el tren, sentados en el banco bajo el rótulo con el nombre de la localidad, le hicieron un breve saludo y él contestó con un gesto de la cabeza. En el otro banco estaba sentada una anciana vestida de negro, con una maleta atada con un cordel. El jefe de estación miró a uno y otro lado de las vías, la campana que anunciaba la llegada de los trenes comenzó a sonar y él entró de nuevo en la cabina.

La muchacha surgió de la verja en aquel momento. Llevaba un vestido de lunares, unos zapatos que se ataban al tobillo y una chaqueta de lana azul. Caminaba

rápidamente, como si tuviera frío, y una masa de pelo rubio flotaba debajo de su fular. Llevaba en la mano un maletín de tela y un bolsito de paja. Uno de los obreros la siguió con la mirada y dio un codazo a su compañero, que parecía distraído. La muchacha miró al suelo con indiferencia y entró en la sala de espera cerrando la puerta a sus espaldas. Estaba desierta. Había una gran estufa de hierro en una esquina y la muchacha se dirigió a ella quizá con la esperanza de que estuviera encendida. La tocó desilusionada y dejó encima de ella el bolso de paja. Luego se sentó en un banco y sintió un ligero escalofrío, cogiéndose la cabeza entre las manos. Permaneció así largo rato, como si llorara. Era hermosa, de facciones delicadas y tobillos finos. Se quitó el fular y se arregló el pelo agitando la cabeza. Su mirada vagó por las paredes de la sala como si buscara algo. Había unos carteles amenazadores con instrucciones para los ciudadanos dadas por las fuerzas de ocupación y bandos con fotografías. La muchacha miró a su alrededor atemorizada, luego cogió el bolso que había dejado sobre la estufa y lo depositó a sus pies, como si quisiera protegerlo con las piernas. Apretó los hombros y se subió el cuello de la chaqueta. Sus manos estaban inquietas y se veía que estaba muy nerviosa.

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre. Era alto y flaco, llevaba un impermeable claro que se cerraba con un cinturón y un sombrero de fieltro que le cubría parte de la cara. La muchacha se levantó inmediatamente y lanzó un gritito que le burbujeó en la garganta:

—¡Eddie!

El hombre se llevó un dedo a los labios y avanzó hacia ella. Sonrió y la estrechó en sus brazos. La muchacha dejó caer la cabeza sobre su pecho, abrazándole.

—¡Oh, Eddie! —murmuró cuando se separó de él—. ¡Eddie!

El hombre la obligó a sentarse y caminó hasta la puer-

ta, mirando fuera con aire furtivo. Luego se sentó a su lado y sacó del bolsillo unas cuantas hojas dobladas.

—Entrégaselas personalmente al mayor inglés —le dijo—, después te diré cómo.

La muchacha las cogió y las metió en su seno. Parecía asustada y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y tú? —preguntó.

El hizo un gesto de contrariedad. En aquel momento se oyó el rumor de un convoy y un tren de mercancías desfiló ante el cristal de la puerta. El hombre se hundió el sombrero sobre la frente y sumergió el rostro en un diario.

—Ve a ver qué ocurre.

La muchacha se encaminó hacia la puerta y echó una ojeada al exterior.

—Es un tren de mercancías, han subido los dos obreros que estaban en el banco.

—¿Hay alemanes?

—No.

Se oyó el silbato del jefe de estación y el tren arrancó. La muchacha regresó hacia el hombre y le cogió las manos.

—¿Y tú? —repitió.

El hombre dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

—No es el momento de pensar en mí —dijo—. Ahora cuéntame con detalle el calendario de la compañía.

—Mañana estaremos en Niza, tres días de espectáculos. El sábado y el domingo Marsella, y luego Montpellier y Narbona, un día en cada una: toda la costa.

—Será en Marsella, el domingo —dijo el hombre—. Después del espectáculo recibirás a tus admiradores en el camerino. Hazlos pasar de uno en uno. Muchos te traerán flores, habrá sin duda espías alemanes, pero también algunos de los nuestros. De todos modos, tú lee siempre las notas en presencia del visitante, porque no

tengo ni idea de cómo se presentará la persona a la que debes pasar la información.

La muchacha le escuchaba con atención. El hombre hizo una pequeña pausa y encendió un cigarrillo.

—Una de las notas llevará escrito: *fleurs pour une fleur*. Entrégale los documentos al hombre que te traiga esas flores, es el Mayor.

La campana de debajo de la marquesina volvió a sonar y la muchacha miró su reloj.

—El tren estará aquí dentro de unos minutos y..., Eddie, por favor...

El hombre no le dejó terminar.

—Prefiero que me hables del espectáculo, el domingo intentaré imaginármelo.

—Salen todas las chicas de la compañía —contestó ella sin entusiasmo—, cada una de ellas imita a una actriz actual o del pasado, ese es el espectáculo.

—¿Y el título? —preguntó él con una sonrisa.

—Cine Cine.

—Me parece un hermoso título.

—Es un desastre —dijo ella convencida—, las coreografías las ha hecho Saverio, imagínate, y yo bailo con un traje que me hace tropezar, hago de Francesca Bertini.

—Cuidado —bromeó él—, las grandes trágicas no pueden caer.

La muchacha se tomó nuevamente el rostro entre las manos y comenzó a llorar. Estaba más hermosa que nunca, con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Ven conmigo, Eddie, por favor, ven —murmuró.

El hombre le secó las lágrimas con dulzura, pero su voz se endureció, como si tuviera que vencer un gran deseo.

—Calla, Elsa —dijo—, procura entender la situación. —Luego adoptó un tono ligeramente gracioso—. ¿Cómo

crees que podría pasar, vestido de bailarina con una peluca rubia?

La campana de la marquesina dejó de sonar. Empezó a oírse en la lejanía el ruido del tren. El hombre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Te acompaño al andén.

La muchacha sacudió la cabeza con firmeza.

—No quiero, es peligroso.

—Te acompaño de todos modos.

—Por favor.

—Otra cosa —dijo él moviéndose—, sé que el mayor es un hombre galante, no le dediques demasiadas sonrisas.

La muchacha le miró suplicante.

—¡Oh, Eddie! —exclamó con tono desgarrador ofreciéndole la boca.

El quedó desconcertado un instante, como si no supiera qué hacer, como si no tuviera valor para besarla. Luego le dio un beso casi paternal en una mejilla.

—¡Stop! —gritó el ayudante de dirección—. ¡Corten!

—¡Así no! —retronó la voz del director por el megáfono—. ¡Hay que repetir la última parte!

Era un joven barbudo con una larga bufanda al cuello. Bajó del taburete móvil pegado a la cámara y fue a su encuentro.

—¡Así no! —resopló disgustado—, hace falta un beso apasionado, a la antigua, como en la primera película. —Abrazó demostrativamente a la actriz con el brazo izquierdo, obligándola a volverse hacia atrás—. Echese sobre ella y bésela con pasión —le dijo al actor. Y después les gritó a los demás—: ¡Descanso!

El café de la pequeña estación estaba invadido por el equipo que se amontonaba en la barra. Ella se quedó en la puerta ligeramente perpleja sobre lo que debía hacer, mientras él desapareció entre la gente. Al cabo de un rato reapareció con dos cafés con leche en precario equilibrio y le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia fuera. En la parte trasera de la caseta del café había un pequeño patio rocoso, cubierto por una pérgola emparrada, que también servía como almacén del bar. Había cajas de bebidas vacías y viejas sillas desequilibradas. Se sentaron en ellas utilizando otra de mesita.

—Hemos llegado al final —dijo él.

—Se ha empeñado en rodar la última escena al final —contestó ella—, no he entendido por qué.

El sacudió la cabeza.

—Es *moderno* —dijo, enfatizando el adjetivo—, parece un producto de los *Cahiers du Cinéma*. Cuidado, el café con leche está ardiendo.

—Sigo sin entenderlo —dijo ella.

—¿En América son diferentes?

—Creo que sí —dijo ella con seguridad—, menos presuntuosos, menos... intelectuales.

—Pero éste es bueno.

—De todos modos antes las cosas no se hacían así —replicó ella.

Permanecieron en silencio sorbiendo el café con leche. Eran las once de la mañana y el mar centelleaba. Se podía ver al otro lado del seto de ligustros que rodeaba el muro del patio. El sol había perforado las nubes y parecía comenzar a animarse. Los pámpanos de la pérgola eran de un rojo flamante y la luz del sol creaba manchas móviles sobre la gravilla del suelo.

—Es un otoño espléndido —dijo él contemplando el techo de hojas. Y luego prosiguió como absorto—: Antes. Hace cierto efecto oírtelo decir.

Ella no contestó y se abrazó las rodillas doblándolas contra el pecho. También ella tenía un aire absorto, como si hasta entonces no hubiera pensado en lo que significaban sus palabras.

—¿Por qué has accedido a hacerlo? —preguntó por fin.

—¿Y tú?

—No lo sé, pero yo he sido la primera en hacer la pregunta.

—Por ilusión —dijo él—, en fin... revivir... eso, algo así, no te lo sabría decir. ¿Y tú?

—Tampoco sabría decírtelo, por lo mismo también, creo.

El director asomó por el sendero que rodeaba el café. Parecía muy alegre y sostenía en la mano una jarra de cerveza.

—¡Mira dónde se han metido las estrellas! —exclamó, y se desplomó sobre una de las butaquitas maltrechas con un suspiro de satisfacción.

—Por favor, ahórrenos los discursos sobre la belleza del sonido directo —dijo ella—, ya nos ha dado suficientes lecciones.

El realizador no se lo tomó a mal y comenzó a charlar con desenvoltura. Habló de la película, del significado de esa nueva versión, de por qué había elegido los mismos actores tantos años después y por qué quería dar un tono tan enfático a su *remake*. Cosas que ya había dicho, resultaba evidente por la indiferencia con que era escuchado, pero que por supuesto él contaba a gusto, era casi como si se hablara a sí mismo. Terminó su cerveza y se levantó.

—Sólo necesitaríamos que lloviera un poco —dijo al alejarse—, sería una lástima rodar las últimas escenas con mangueras.

Antes de doblar la esquina precisó:

—Seguimos dentro de media hora.

Ella miró a su compañero con aire interrogante y se encogió de hombros agitando la cabeza.

—En la última escena llovía —especificó él—, yo me quedaba bajo la lluvia.

Ella rió y apoyó una mano sobre su hombro, como para explicar que lo sabía perfectamente.

—¿En América siguen proyectándola? —preguntó él con una expresión algo estúpida.

—¡Pero si el director nos ha obligado a verla once veces! —rió ella con más fuerza—. De todos modos, en América siguen proyectándola alguna vez en los cineclubs.

—Aquí también —dijo él. Y luego preguntó de repente—: ¿Cómo está el mayor?

Ella le miró con expresión interrogante.

—Howard —especificó él—, yo ya te había avisado de que no le dedicaras demasiadas sonrisas, pero evidentemente no seguiste mi consejo, aunque después no incluyeran la escena en la película. —Pareció reflexionar un instante—. Nunca he entendido por qué te casaste con él.

—Yo tampoco —dijo ella con tono algo infantil—, era muy joven. —Su expresión se relajó, como si hubiera apartado la desconfianza y quisiera dejar de mentir—. Quería agraviarte —dijo con calma—, ésta fue la razón principal, pero puede que no fuera muy consciente. Y además quería ir a América.

—¿Y Howard? —volvió a preguntar él.

—Nuestro matrimonio no tardó en fracasar, él no estaba hecho para mí, y yo no estaba hecha para el cine.

—Desapareciste en la nada, ¿por qué has dejado de actuar?

—A la gente como yo, que había hecho una película de éxito por casualidad, porque había ganado una prueba, les resultaba difícil continuar en este oficio. En Amé-

rica son profesionales, una vez hice una serie de telefilms para una cadena televisiva, yo era un desastre, me habían dado el personaje de una mujer rica y un poco amargada, envidiosa de la vida, ¿tú crees que era mi tipo?

—Creo que no, tienes aspecto de mujer feliz. ¿Eres feliz?

Ella sonrió.

—No —dijo—, pero tengo muchas cosas.

—¿Muchas cosas cómo?

—Una hija, por ejemplo. Es una muchacha deliciosa, estudia tercero en la universidad, nos queremos mucho.

El la miró como si no se lo creyera.

—Han pasado más de veinte años —dijo ella—, casi una vida.

—Sigues estando guapísima.

—Es el maquillaje, estoy llena de arrugas. Soy casi abuela.

Permanecieron en silencio largo rato. Del café llegaba el ruido de las voces, alguien puso en marcha el juke-box. El parecía a punto de hablar, pero miraba al suelo, como si no encontrara las palabras adecuadas.

—Me gustaría que me hablaras de tu vida, he querido pedírtelo durante toda la película y no me he decidido hasta ahora.

—Claro —afirmó ella con entusiasmo—, a mí también me gustaría que me hablaras de la tuya.

En aquel momento asomó por la esquina la señorita Ferraretti, la secretaria de producción. Era una flacucha fea y petulante, con gafas redondas y una pequeña cola de caballo.

—¡Señora, maquillaje! —gritó—, rodamos dentro de diez minutos.

La campana de la estación dejó de sonar. Empezó a oírse el ruido del tren en la lejanía. El hombre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Te acompaño al andén.

La muchacha sacudió la cabeza con firmeza.

—No quiero, es peligroso.

—Te acompaño de todos modos.

—Por favor.

—Otra cosa —dijo él moviéndose—, el mayor es un hombre joven y galante, no le dediques demasiadas sonrisas.

La muchacha le miró suplicante.

—¡Oh, Eddie! —exclamó con tono desgarrador ofreciéndole la boca.

El la tomó por la cintura con un brazo, obligándola a doblarse ligeramente hacia atrás. Mirándola a los ojos acercó lentamente su boca a la de ella y la besó con pasión. Fue un beso intenso y largo, se oyó un murmullo de aprobación y alguien silbó.

—¡Corten! —gritó el ayudante—. ¡Final de la escena!

—A comer —anunció el director por el megáfono—, continuaremos a las cuatro.

El equipo comenzó a dispersarse en varias direcciones. Muchos se dirigieron al café, otros se metieron en las roulottes que había en la placita delante de la estación. El se quitó la gabardina y la dobló sobre el brazo. Fueron los últimos en salir al andén desierto y se dirigieron hacia el mar. Una lámina de luz invadía el grupo de casas rosas sobre el pequeño puerto y el mar era de un color azul celeste claro, casi diáfano. En una terracita apareció una mujer con un balde bajo el brazo y co-

menzó a tender la colada. Colgó cuidadosamente unos pantalones y unas camisetas de niño. Luego accionó una polea y las prendas de ropa se deslizaron a lo largo de un hilo tendido de una casa a otra, revoloteando como banderas. Las casas formaban ahora unos arcos porticados debajo de los cuales se veían unos tenderetes cubiertos con hules. Algunos tenían áncoras pintadas de azul y la inscripción *Especialidades marineras*.

—Hace tiempo aquí había una pizzería —dijo él—, me acuerdo perfectamente, se llamaba *Da Pezzi*.

La mujer miró al suelo y no contestó.

—Es imposible que no te acuerdes —prosiguió él—, había un cartel que decía *pizza para llevar*, y yo te dije: llevémonos un pedazo de pizza de Pezzi, y tú te reíste.

Bajaron los pocos peldaños de un callejón con dos ventanas unidas por un arco. Sus pasos resonaban sobre el brillante enlosado, daba la sensación de que era invierno, con el mismo límpido chasquido que tienen los sonidos en el aire frío. Soplaba, por el contrario, una brisa tibia y se olía un perfume de pitas. Las tiendas del paseo marítimo estaban cerradas y las sillas del café, junto a las mesas ordenadas con las patas hacia arriba, estaban amontonadas las unas sobre las otras.

—Estamos en temporada baja —observó la mujer.

El la miró de reojo, intentando captar una posible alusión, pero cambió de tema.

—Allí hay un restaurante abierto —dijo haciendo un gesto con la cabeza—, ¿qué te parece?

Se llamaba *L'Arsella*, era un edificio de madera y cristal construido sobre palafitos en la zona húmeda de la playa, junto a unos establecimientos de baños de color azul. Amarradas a unos postes había dos barquitas que se mecían. Algunas ventanas tenían las persianas bajadas y las luces sobre las mesas estaban encendidas, pese a la hermosa luz diurna. Había pocos clientes: una pareja madura de alemanes silenciosos, dos jóvenes con aspecto

intelectual, una señora rubia con un perro: los últimos veraneantes. Se sentaron en una mesa de un rincón, lejos de los demás. Es posible que el camarero les reconociera, porque llegó solícito y confuso, pero con una actitud que pretendía ser confidencial. Pidieron lenguados a la plancha y champagne, contemplando el horizonte que cambiaba de color a medida que las nubes avanzaban con el viento. Ahora, la línea que separaba el mar del cielo era de color añil, y el promontorio que cerraba el golfo, verdoso y plateado, como un bloque de hielo.

—Es increíble —dijo ella al cabo de un rato—, veinte días para una película, es absurdo, algunas escenas las hemos rodado una sola vez.

—Métodos de vanguardia —contestó él sonriendo—, tipo *cinema-verité*, pero de mentira. Actualmente los costes de producción son excesivos, las películas se hacen también de este modo. —Había empezado a hacer bolitas con la miga de pan y las iba disponiendo en fila delante de su plato—. Anghelopulos —murmuró con ironía—, le gustaría hacer una película como *O Thiassos*, la interpretación dentro de la interpretación, con nosotros ahí dentro interpretándonos a nosotros mismos. Canciones de época y planos-secuencia, de acuerdo, pero ¿qué poner en el lugar del mito y de la tragedia?

Llegó el camarero con el champagne y destapó la botella. Ella levantó la copa y propuso un brindis. Tenía los ojos maliciosos y brillantes, llenos de reflejos de luces.

—El melodrama —dijo—, se puede poner el melodrama.

Bebió a pequeños sorbos y luego sonrió abiertamente.

—Por eso ha querido una interpretación tan exagerada —prosiguió—, hemos hecho prácticamente una caricatura de nosotros mismos.

El también levantó la copa.

—Entonces viva el melodrama —dijo—, en el fondo los grandes también lo son: Sófocles, Shakespeare, Ra-

cine, todo es un melodrama, y yo no he hecho otra cosa en todos estos años.

—Me gustaría que me hablaras de ti —dijo ella.

—¿Lo dices de veras?

—Claro.

—Tengo una granja en Provenza, vivo allí siempre que puedo. El paisaje es suave, la gente cordial, me siento bien, me gustan los caballos.

Se puso a hacer más bolitas de pan, ahora había formado dos círculos en torno a una copa y sus dedos se dedicaban a ir las colocando una detrás de la otra, como si fuera un juego de habilidad.

—No era esto lo que quería decir —dijo ella.

El llamó al camarero y pidió otro champagne.

—Enseño en la academia de arte dramático —dijo luego—, mi vida es ésta, Creonte, Macbeth, Enrique VIII. —Esbozó una sonrisa culpable—. Es mi especialidad, gente con el corazón duro.

Ella le miraba atentamente, tenía un aire concentrado e intenso, como si estuviera angustiada.

—¿Y en el cine? —preguntó.

—Hace cinco años actué en una película policíaca, como detective privado americano, sólo tres escenas y después me asesinaban en un ascensor. Pero los títulos de crédito decían: con la participación especial de, con letras que ocupaban toda la pantalla.

—Eres un mito —dijo ella con convicción.

—Un desecho —corrigió él—. Soy esta colilla que sostengo entre los labios, eso, mira.

Adoptó una expresión dura y desesperada, dejando que el humo del cigarrillo prendido entre los labios le velase el rostro.

—No hagas de Eddie —dijo ella riendo.

—Pero si yo soy Eddie —murmuró él haciendo ademán de hundirse sobre la frente un sombrero imaginario. Llenó de nuevo las copas y las levantó—. En el cine.

—Si seguimos así llegaremos borrachos al rodaje. *Eddie* —dijo ella, haciendo hincapié en el nombre con su aire malicioso.

El se quitó teatralmente el sombrero imaginario y se lo acercó al corazón.

—Mejor, así estaremos más melodramáticos.

De postre habían pedido helado con chocolate caliente. El camarero llegó con aire triunfal llevando en una mano una bandeja con el helado y en la otra la salsera con el chocolate humeante. Mientras les servía les preguntó tímidamente, pero no sin un toque de coquetería, si podían hacerle el honor de escribir sus autógrafos sobre la carta, y ostentó una sonrisa de gran satisfacción al recibir una respuesta afirmativa.

Era un enorme helado en forma de flor, con guindas muy rojas en el centro de la corola. El cogió una con los dedos y se la llevó a la boca.

—Oye —dijo—, cambiemos el final.

Ella le miró con una expresión ligeramente perpleja, pero quizá sólo se trataba de una expresión retórica, como si hubiera entendido perfectamente y aguardase una confirmación.

—No te vayas —dijo él—, quédate conmigo.

Ella dejó caer los ojos sobre el plato, como si se sintiera confusa.

—Oh, te lo ruego —dijo—, por favor.

—Estás hablando como en la película —dijo él—, es la misma frase.

—Esto no es una película —contestó ella casi enfadada—, deja de actuar, estás exagerando.

El hizo un gesto con la mano como si en efecto quisiera cambiar de conversación.

—Pero yo te amo —dijo en voz muy baja.

Esta vez fue ella quien adoptó un tono jocoso.

—Claro que sí —aceptó con una pizca de condescendencia—, en la película.

—Es lo mismo —dijo él—, todo es una película.

—¿Qué es una película?

—Todo. —Su mano cruzó la mesa y estrechó la mano de ella—. Hagamos girar la película hacia atrás, volvamos al principio.

Ella le miraba como si no tuviera ánimos para replicar. Dejó que le acariciara la mano y a su vez le hizo una caricia.

—Te estás olvidando del título de la película —dijo intentando hacer un chiste—, no se puede volver atrás.

El camarero llegaba con la cara radiante, agitando la carta para los autógrafos.

4

—¡Estás loco! —protestó ella riendo pero dejándose arrastrar—, todos se pondrán furiosos.

El le tiró de la mano sobre el embarcadero y apretó el paso.

—Que se pongan —dijo—, que ese presuntuoso espere un poco, la espera estimula la inspiración.

En el barquito no había más de diez personas, diseminadas en los bancos del interior y en las sillas de hierro de popa. Todos eran habitantes de la comarca, se veía por su manera de vestir y por la desenvoltura de su comportamiento que denotaba una prolongada convivencia con ese medio de transporte. Tres mujeres que charlaban entre sí sostenían unas bolsas de plástico con el nombre de unos grandes almacenes; evidentemente habían venido de los pueblos del golfo a hacer sus compras en la ciudad. El empleado que marcaba los billetes lle-

vaba unos pantalones azules y una siglas de la compañía en el bolsillo to tardarían en ir y volver. El re con un amplio gesto del brazo y en en los que el barco hacía escala. l de bigote rubio y con pronunciado

—Alrededor de hora y media —prisa hay un barco que regresa de nas haya atracado el nuestro, estará renta minutos.

Señaló el primer pueblo a la derecha del golfo, un puñado de casas claras iluminadas por el sol.

Ella seguía pareciendo indecisa, pero con una actitud a medias entre la duda y la tentación.

—Se pondrán furiosos —repitió—, quieren terminar el rodaje esta noche.

El se encogió de hombros e hizo un gesto de despreocupación.

—Si no terminamos hoy, terminaremos mañana —replicó—, hemos rodado esta película a destajo, supongo que se nos concederá un día más.

—Mañana tomo el avión para Nueva York —dijo ella—, ya tengo hecha la reserva, mi hija me espera.

—Señora, decídase —dijo educadamente el revisor—, tenemos que zarpar.

La sirena del barquito silbó dos veces y el marinero que estaba en el embarcadero comenzó a soltar el cabo de amarre. El revisor sacó el talonario y les ofreció dos billetes.

—En la proa estarán más cómodos —sugirió—, sopla un poco de viento pero se nota menos el mar.

Todas las sillas de hierro blanco estaban libres, pero ellos se apoyaron en la barandilla para contemplar el paisaje. El barquito se alejó velozmente del embarcadero y empezó a navegar. La pequeña ciudad se distanció en un instante, mostrando su exacta topografía de

viejas cas
chado
as aguar
era de
nano

—Es lo mismo —dijo él—, todo es una película.

—¿Qué es una película?

—Todo. —Su mano cruzó la mesa y estrechó la mano de ella—. Hagamos girar la película hacia atrás, volvamos al principio.

Ella le miraba como si no tuviera ánimos para replicar. Dejó que le acariciara la mano y a su vez le hizo una caricia.

—Te estás olvidando del título de la película —dijo intentando hacer un chiste—, no se puede volver atrás.

El camarero llegaba con la cara radiante, agitando la carta para los autógrafos.

4

—¡Estás loco! —protestó ella riendo pero dejándose arrastrar—, todos se pondrán furiosos.

El le tiró de la mano sobre el embarcadero y apretó el paso.

—Que se pongan —dijo—, que ese presuntuoso espere un poco, la espera estimula la inspiración.

En el barquito no había más de diez personas, diseminadas en los bancos del interior y en las sillas de hierro de popa. Todos eran habitantes de la comarca, se veía por su manera de vestir y por la desenvoltura de su comportamiento que denotaba una prolongada convivencia con ese medio de transporte. Tres mujeres que charlaban entre sí sostenían unas bolsas de plástico con el nombre de unos grandes almacenes; evidentemente habían venido de los pueblos del golfo a hacer sus compras en la ciudad. El empleado que marcaba los billetes lle-

vaba unos pantalones azules y una camisa blanca con las siglas de la compañía en el bolsillo. El le preguntó cuánto tardarían en ir y volver. El revisor mostró el golfo con un amplio gesto del brazo y enumeró los pueblecitos en los que el barco hacía escala. Era un hombre joven de bigote rubio y con pronunciado acento local.

—Alrededor de hora y media —dijo—, pero si tienen prisa hay un barco que regresa del primer pueblo apenas haya atracado el nuestro, estará aquí dentro de cuarenta minutos.

Señaló el primer pueblo a la derecha del golfo, un puñado de casas claras iluminadas por el sol.

Ella seguía pareciendo indecisa, pero con una actitud a medias entre la duda y la tentación.

—Se pondrán furiosos —repitió—, quieren terminar el rodaje esta noche.

El se encogió de hombros e hizo un gesto de despreocupación.

—Si no terminamos hoy, terminaremos mañana —replicó—, hemos rodado esta película a destajo, supongo que se nos concederá un día más.

—Mañana tomo el avión para Nueva York —dijo ella—, ya tengo hecha la reserva, mi hija me espera.

—Señora, decídase —dijo educadamente el revisor—, tenemos que zarpar.

La sirena del barquito silbó dos veces y el marinero que estaba en el embarcadero comenzó a soltar el cabo de amarre. El revisor sacó el talonario y les ofreció dos billetes.

—En la proa estarán más cómodos —sugirió—, sopla un poco de viento pero se nota menos el mar.

Todas las sillas de hierro blanco estaban libres, pero ellos se apoyaron en la barandilla para contemplar el paisaje. El barquito se alejó velozmente del embarcadero y empezó a navegar. La pequeña ciudad se distanció en un instante, mostrando su exacta topografía de

viejas casas dispuestas en un orden geométrico insospechado y lógico, lleno de gracia.

—La tierra es más bella desde el mar —dijo ella.

Sostenía con una mano su cabello agitado por el viento y sobre los pómulos se le habían dibujado dos manchas rojas.

—Tú sí que eres bella —dijo él—, en el mar, en tierra y en cualquier lugar.

Ella rió y metió la mano en el bolso, tal vez a la busca de un fular.

—Te has vuelto muy galante, antes no eras así.

—Antes era estúpido, estúpido e infantil.

—Sin embargo a mí me pareces más infantil ahora —dijo ella—, discúlpame por decírtelo, pero es lo que pienso.

—No —dijo él—, te equivocas, sólo soy más viejo.

—Le dirigió una mirada preocupada—. Y ahora no me digas que soy viejo.

—No —le tranquilizó ella—, no eres viejo. Pero las cosas no sólo dependen de eso.

Sacó del bolso una pitillera de carey y cogió un cigarrillo. El colocó sus manos delante de las manos de ella, en forma de concha, para proteger la cerilla del viento. Ahora el cielo estaba muy azul, aunque del horizonte subía una cortina oscura, y el mar estaba color turquesa. El primer pueblo del golfo se aproximaba con rapidez. Se divisaba ya perfectamente el campanario rosa, con su cúpula abombada y blanca como un merengue. Una bandada de palomas se alzó de las casas y voló hacia el mar dibujando una amplia curva.

—Allí la vida debe de ser hermosa y sencilla —dijo él.

Ella asintió y sonrió.

—Tal vez porque no es la nuestra.

Se divisaba nítidamente el vaporcito de vuelta anclado en el minúsculo puerto. Era una vieja embarcación con aspecto de remolcador. Al ver el otro barco silbó tres

veces, como en señal de saludo. Varias personas aguardaban en el embarcadero, posiblemente en espera de subir a bordo. Una niña vestida de amarillo, de la mano de una mujer, saltaba sin pausa como un pajarillo.

—Eso es lo que me gustaría —dijo él absurdamente—. Vivir no la nuestra. —Comprendió por su mirada que había dicho una frase incomprensible y se corrigió—. Una vida feliz porque no es nuestra —dijo—, como la que hemos imaginado en ese pueblecito que se ve desde aquí.

Le tomó las manos y le obligó a mirarle, contemplándola largo rato sin hablar.

Ella se liberó con dulzura y le dio un rápido beso.

—Eddie —dijo tiernamente—, querido Eddie.

Luego le tomó del brazo y le arrastró hacia la pasarela que habían colocado para la bajada.

—Eres un gran actor —dijo—, un auténtico gran actor.

Estaba alegre y llena de vida.

—Pero lo que siento es real —protestó él débilmente, dejándose arrastrar hacia la salida.

—Claro —dijo ella—, real. Como los verdaderos actores.

El tren se detuvo bruscamente con un chirrido de ruedas y resoplidos de vapor. La ventanilla de un compartimento se bajó y asomaron las cabezas de cinco chicas. Algunas de ellas llevaban el pelo oxigenado, con tirabuzones sobre los hombros y ricitos en la frente. Comenzaron a reír y a parlotear, gritando «¡Elsa, Elsa!» Una

vistosa pelirroja, con un lazo verde en el pelo, gritó a las demás: «¡Ahí está!», y se asomó exageradamente por la ventanilla haciendo amplios gestos de saludo. Elsa apretó el paso y se situó justo debajo tocando las manos acogedoras que se tendían hacia ella.

—¡Corinna! —exclamó, dirigiéndose a la vistosa pelirroja—, ¿cómo te has arreglado?

—Saverio dice que así gusto —rió Corinna guiñando el ojo y señalando con la cabeza hacia el interior del compartimento—. Sube, rápido, no querrás quedarte en este lugar —dijo con voz de falsete. Luego lanzó un grito—: ¡Uy, chicas, hay un Rodolfo Valentino!

Todas las chicas se asomaron y comenzaron a agitar las manos para reclamar la atención del hombre señalado por Corinna. Eddie se vio obligado a salir de detrás del cartel de los horarios y avanzó con flema, el sombrero sobre los ojos. En aquel mismo momento dos soldados alemanes entraron por la verja del fondo y se dirigieron a la cabina del jefe de estación. Al cabo de pocos segundos el jefe de estación salió con la banderita roja y caminó hacia la locomotora con un paso rápido que acentuaba la torpeza de su cuerpo rechoncho. Los dos soldados se habían plantado frente a la cabina de mandos como si tuvieran que custodiar algo. Las chicas habían enmudecido y observaban la escena con preocupación. Elsa dejó la maleta en el suelo y miró a Eddie con aire perdido. El le indicó que continuara y se sentó en un banco debajo de un cartel publicitario de la costa, sacó del bolsillo el periódico y hundió en él la nariz.

Corinna había observado la escena y pareció haberlo entendido todo.

—Ven, querida —gritó—, ¿te decides de una vez a subir?

Con la mano insinuó un frívolo saludo a los dos soldados que la miraban y ostentó una sonrisa deslumbrante. Mientras tanto el jefe de estación regresaba con el

banderín enrollado debajo del brazo y Corinna le preguntó qué estaba sucediendo.

—Cualquiera sabe —contestó el hombrecillo encogiéndose de hombros—, parece que tenemos que esperar un cuarto de hora, pero la razón no la sé, son las órdenes.

—Oh, entonces podemos bajar a estirar un poco las piernas, ¿no es cierto, chicas? —gorjeó Corinna encantada de la vida; y en un instante saltó del tren seguida por las demás—. Tú sube —susurró al pasar junto a Elsa—, ya nos ocupamos nosotras de distraerles.

El grupo se dirigió a la parte opuesta a la que se hallaba Eddie, pasando delante de los soldados.

—¿Cómo es posible que en esta estación no haya cantina? —se preguntaba en voz alta Corinna mirando a su alrededor.

Era sublime llamando la atención, se contoneaba ostentosamente y movía el bolsito que se había puesto en bandolera. Vestía un traje de flores muy ajustado al cuerpo y unas sandalias con suela de corcho.

—¡El mar! —gritó—, ¡chicas, mirad el mar, y decidme si no es divino!

Se apoyó teatralmente en la primera farola y se llevó la mano a la boca adoptando una expresión infantil.

—Si llevara el traje de baño desafiaría el otoño —dijo moviendo la cabeza mientras la cascada de rizos pelirrojos le ondeaba por los hombros. Los dos soldados la contemplaban atónitos, sin quitarle los ojos de encima. Y entonces Corinna tuvo una ocurrencia genial. Puede que fuera la farola la que se lo sugirió, o la necesidad de resolver una situación que no sabía cómo resolver de otro modo. Se bajó la camiseta hasta dejar al descubierto los hombros, se apoyó de espaldas en la farola, balanceando el bolsito, luego abrió los brazos y se dirigió a un público imaginario, guiñando un ojo como si todo el paisaje fuera cómplice suyo.

—La cantan en todo el mundo —gritó—, ¡hasta nuestros enemigos!

Se dirigió a las chicas y dio unas palmadas. Seguramente era un número del espectáculo, porque se pusieron en fila en posición de firmes, moviendo las piernas a paso de marcha pero sin desplazarse, con una mano en la frente haciendo el saludo militar. Corinna se agarraba a la farola con una mano y, utilizándola como perno, dio una vuelta alrededor de ella, con paso gracioso. Su falda revoloteó y dejó al descubierto sus piernas.

—Vor der Kaserne vor dem grossen Tor, stand eine Laterne, und steht sie noch davor... so wollen wir uns da wiedersehen, bei der Laterne wollen wir stehen, wie einst Lili Marleen, wie einst Lili Marleen.

Las chicas aplaudieron, un soldado silbó. Corinna dio las gracias con una inclinación festiva y se dirigió a la fuente al lado del seto. Se mojó las sienes con un dedo, mirando atentamente la calle de abajo, luego se dirigió de nuevo al estribo del vagón, seguida por las chicas.

—Auf wiedersehen, simpáticos —gritó a los soldados al subir—, nosotras nos vamos, nos espera la tournée.

Elsa la esperaba en el pasillo y la abrazó.

—Oh, Corinna, eres un ángel —le dijo besándola.

—Cállate —contestó Corinna con un suspiro, y comenzó a llorar como una niña.

Los dos soldados se habían acercado al tren y habían empezado a mirar a las chicas, intercambiaban entre sí algunas frases, uno de ellos sabía un poco de italiano. En aquel momento se oyó el ruido de un motor y un automóvil negro asomó por la verja del fondo, recorrió todo el andén de la estación y se detuvo en la cabeza del convoy, junto al primer vagón. Las chicas se asomaron para intentar ver qué estaba ocurriendo, pero la vía férrea hacía una ligera curva y no era fácil distinguir con claridad. Eddie no se había movido del banco, aparentemente

inmerso en la lectura del periódico que le ocultaba la cara.

—¿Qué pasa, chicas? —preguntó Elsa intentando demostrar indiferencia.

—Nada —contestó una de ellas—, debe de ser un pez gordo, pero va vestido de paisano, ha subido en primera.

—Pero ¿va solo? —preguntó Elsa.

—Creo que sí —dijo la chica—, los soldados se han puesto firmes, no suben.

Elsa se asomó para ver. Los soldados, a la altura de la locomotora, dieron media vuelta y tomaron el camino que llevaba al pueblo. El jefe de estación llegó arrastrando el banderín por el suelo, mirándose los zapatos.

—Se va —dijo con filosofía como quien está al cabo de la calle, y agitó el banderín.

El tren silbó. Las chicas volvieron a sentarse. Sólo Elsa permaneció en la ventanilla. Se había peinado el cabello hacia atrás y tenía los ojos brillantes. Fue en aquel momento cuando Eddie se levantó y se colocó debajo de la ventanilla.

—Adiós, Eddie —murmuró Elsa, y le tendió la mano.

—¿Volveremos a vernos en otra película? —preguntó él.

—¡Pero qué demonios dice! —gritó el director detrás de él—, ¿¡qué demonios está diciendo!?

—¿Paro la acción? —preguntó el ayudante.

—No —dijo el director—, de todos modos esto lo doblamos. —Y después gritó por el megáfono—: Camine, el tren se está moviendo, apriete el paso, acompañelo a lo largo del andén, ¡coja su mano!

El tren se puso en marcha y Eddie obedeció, corriendo mientras pudo mantenerse a su lado, luego el tren aumentó de velocidad y se curvó para tomar la desviación. El giró sobre sí mismo y caminó unos pasos, luego encendió un cigarrillo y siguió avanzando lentamente hacia la cámara. El director le hacía gestos con las manos

frenando su marcha, como si le estuviese moviendo con hilos invisibles.

—Haga que me dé un infarto, por favor —dijo con aire implorante.

—¿Cómo dice? —exclamó el director.

—Un infarto —dijo Eddie—, aquí, sobre ese banco. Adopto una expresión de dolor, así, mire, me siento en el banco y me llevo una mano al pecho, como el doctor Zivago. Haga que me muera.

El ayudante miraba al director esperando instrucciones para detener la escena. Pero el director hizo un gesto de tijeras con los dedos, que quería decir que cortarían, e indicó que continuaran.

—¿Qué es eso de un infarto? —dijo—. ¿Cree que tiene cara de infarto? Húndase más el sombrero en la frente, así, a lo Eddie, sea razonable, no me obligue a repetir la escena.

Hizo un gesto a los obreros para que pusieran en marcha las mangueras.

—Animo —le incitó—, está comenzando a llover, usted es Eddie, por favor, no un patético enamorado..., meta las manos en los bolsillos, así, bravo, venga hacia nosotros... El cigarrillo que le cuelgue entre los labios..., perfecto..., la mirada en el suelo.

Se volvió hacia el operador y gritó:

—¡Cámara hacia atrás, travelling, cámara hacia atrás!

INDICE

<i>Nota</i>	7
Pequeños equívocos sin importancia	9
Esperando el invierno	20
Enigma	30
Habitaciones	68
Los hechizos	50
Any where out of the world	76
El rencor y las nubes	89
Islas	107
Los trenes que van a Madrás	116
Cambio de mano	128
Cine	140

Una Toscana secreta y embrujada, una estación de la Riviera, una Lisboa baudelairiana, un rally de coches de época, un perseguidor implacable de aire distinguido en un tren de Bombay a Madrás. Los cuentos de Tabucchi parecen, en una primera lectura, aventuras existenciales, retratos de viajeros irónicos y desesperados. Pero la aparente sintonía entre lo real y lo narrado se transforma de golpe en turbación y desconcierto. A modo de oblicuos «cuentos filosóficos», las historias de Tabucchi se convierten en una reflexión en torno al azar y al riesgo de escoger, una tentativa de observar los intersticios que atraviesan el tejido de la existencia.

En las páginas de Tabucchi planea una inquietud metafísica que evoca Piero della Francesca, Giorgio De Chirico y Pirandello. Pero este escritor, que ama los personajes excéntricos y las vidas fracasadas, carga sus enigmas con una luz extraña: sus jeroglíficos «policiacos» son las pesquisas de un investigador que no busca respuestas, sino un mensaje, una señal, una aparición.

«Entre la alegoría y la crónica, con destellos rabelesianos que en mí lo aproximan a Gadda» (Robert Saladrigas, *La Vanguardia*).

«Relatos contruidos para ser releídos» (J. E. Ayala-Dip, *El País*).

Antonio Tabucchi (Vecchiano, 1943) se ha impuesto como el mejor escritor italiano de su generación. En Anagrama se han publicado *Dama de Porto Pim*, *Nocturno hindú*, *El juego del revés*, *Pequeños equívocos sin importancia*, *La línea del horizonte*, *Las tentaciones de Jerónimo Bosco*, *Los volátiles del Beato Angélico*, *El ángel negro*, *Réquiem*, *Sueños de sueños & Los tres últimos días de Fernando Pessoa*, *Sostiene Pereira*, *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*, *Piazza d'Italia*, *Se está haciendo cada vez más tarde*, *Tristano muere*, *Autobiografías ajenas*, *El tiempo envejece deprisa* y los ensayos de *La gastritis de Platón*.

